



## MIS RECUERDOS DE NIÑA

### Pepita Ferrer Martínez

Recuerdo perfectamente el día en que las tropas de Franco entraron en Barcelona. Ese día se convirtió entre alegría de algunos y miedo de otros. Pasaban por las escaleras unos individuos poniendo unos carteles que decían que se debían poner en los balcones banderas españolas o bien crespones. Recuerdo que mis padres se discutieron. Mi padre no quería poner nada, pero mi madre tenía mucho miedo y decía que debíamos poner un cubrecama. Pero como teníamos dos balcones en el otro lado, acabamos poniendo una cortina.

A las porterías se les advirtió tajantemente de que hiciesen, bajo su responsabilidad, que se cumpliera la orden. Recuerdo perfectamente el pánico de la portera de nuestra casa. Barcelona se convirtió en un puro espectáculo folclórico. Ese mismo día apareció una de mis abuelas con un plátano y una tableta de chocolate para mí, lo que me supo a gloria, ya que hacía mucho tiempo que no probaba ni el chocolate ni el plátano.

Teníamos un vecino que vivía en el mismo rellano de la escalera donde habitábamos. Yo jugaba con sus hijas, algo mayores que yo. Era un señor que no sabía ni papa de castellano. Un día subió al tranvía, y una señorita... que iba postulando, le puso la banderita. Y como él no tenía el importe exacto que costaba el ponértela, le dijo en catalán que le devolviera el cambio. La respuesta que obtuvo fue que se lo llevaron a comisaría y lo castigaron con un vaso grande de aceite de ricino. Él se quejó, ya que padecía de varias úlceras de estómago. Como en aquellos tiempos no había muchos medicamentos, lo que se tomaba casi siempre era el bicarbonato. El hombre murió a las 48 horas.

En el año 1940, muchos niños y niñas hicimos la primera comunión. Yo tenía 9 años, y era muy alta y delgada, pero había niñas con 12 o 13 años, muy desarrolladas, que tenían pecho como una chica mayor, y tanto niños como niñas parecíamos novios.

Si queríamos ir al cine, ya sabíamos que cuando estaba en el momento más interesante de la película, se encendían las luces y teníamos que ponernos en pie y, brazo en alto, cantar el Cara el Sol. Los labios se movían, pero la voz no nos salía. La rabia podía más.

El estraperlo también fue algo increíble. Si querías comer pan, tenías que ir a la calle de la Acera a comprarlo. Yo iba con mi madre, o bien con mis abuelas. Había unas mujeres con unos delantales blanco y unas cestas que gritaban: "¡Vendo pan! ¡Vendo barritas!", pero como apareciera la policía, allí corría todo el mundo; se les quitaba el pan y nosotros regresábamos a casa sin nada. Por cierto, hubo un tiempo en que el pan era amarillo (de maíz, supongo) y si se caía al suelo hacía el ruido de una piedra.



Unos años más tarde, yo ya trabajaba y tenía que coger el tranvía cada día. Algunas veces iba andando para ahorrarme dinero, pero tampoco estaba muy lejos mi trabajo. Hubo una huelga importantísima de tranvías. Fue algo increíble, pasaban los tranvías sólo con algún policía. Las caras de la gente que iba andando eran de triunfo, pareciendo decir: “Yo me fastidio, pero esos cabrones no se saldrán con la suya”. Había ciudadanos que venían de muy lejos andando.

Pepita Ferrer Martínez